

corriendo lo más graciosamente que pude, y en menos que lo digo llegué junto á la señorita, le hice una reverencia y con voz resuelta la invité á bailar conmigo la próxima cuadrilla... y ella, sonriéndose con amable benevolencia, me tendió la mano y el joven caballero que la iba también á invitar se quedó sin pareja.

Tuve en aquellos momentos tan clara conciencia de mi fuerza, que no presté la más pequeña atención al despecho del joven; luego, sin embargo, supe que preguntó quién era aquel niño desenvuelto que le había quitado la pareja en sus propias barbas.



## XXII

### La mazurka

EL joven caballero á quien yo había quitado anteriormente la pareja, bailaba ahora la mazurka en primera fila; y en vez de ejecutar el «paso» que nos había enseñado Mimi, se lanzó de su sitio llevando á su pareja cogida de la mano, corrió simplemente hacia adelante, y al llegar á uno de los ángulos del salón, se detuvo, separó los pies, picó con el talón el suelo, se volvió y corriendo á saltitos fuése todavía más lejos.

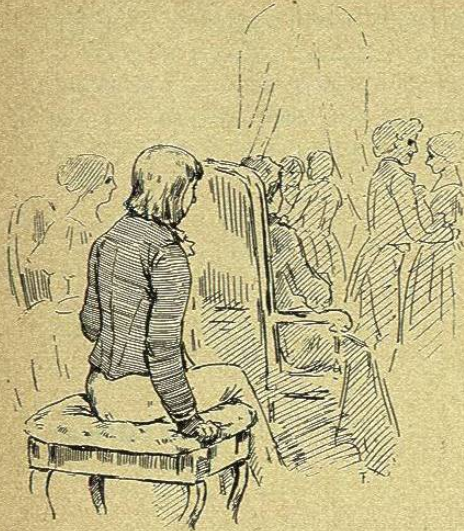
Como yo no bailaba entonces, me senté detrás del sillón de mi abuela, y observé.

«Qué es lo que hace? pensé. No es así cómo nos lo enseñó Mimi, diciéndonos que todo el mundo bailaba la mazurka sobre la punta de los pies, haciendo el paso resbalado, y he aquí que este la baila de muy otro modo. Los Ivine, el mismo Esteban... ninguno de los que danzan ejecuta el «paso» que nos enseñó Mimi... y aún Volodia ha adoptado la nueva manera... La verdad es que resulta muy elegante... Sonitchka está encantadora... y qué bien baila!»  
—Era en aquellos momentos perfectamente feliz.

La mazurka se acababa; algunas personas se acercaban ya á mi abuela para despedirse de ella y retirarse; los lacayos, procurando no chocar con los bailarines, iban llevando con mil precauciones los cubiertos y los manjares á las salitas más apartadas; y mi



abuela, pareciendo muy fatigada, no hablaba sino lo más preciso y con marcada displicencia; lánguidamente, ya por la trentésima vez,



los músicos atacaban de nuevo el mismo motivo. La señorita que había bailado antes conmigo, me vió al hacer una de las figuras del baile, y sonriéndose pèrfidamente, sin duda para dar gusto á mi abuela, me presentó delante á Sonitchka y á una de las innumerables princesas, llevándolas cogidas una de cada mano, y me interpeló diciendo:

—Ortiga ó rosa?

—Ah! eres tú?—hizo mi abuela volviéndose,—anda, hijo mío, anda; escoge.

En aquel momento, más ganas tuve de esconderme bajo el sillón de mi abuela

que de contestar á la pregunta que se me hacía; pero, cómo rehusar? Me levanté y al pronunciar la palabra *rosa* miré tímidamente á Sonitchka... No había vuelto todavía en mí que ya una mano enguantada de blanco cogía la mía, y, con una encantadora sonrisa en los labios, hacía la princesa ademán de adelantarse como invitándome al baile, sin sospechar que yo no sabía ya qué hacer con mis piernas.

Sabía que el «paso» que nos enseñó nuestra Mimi no era ya admitido y que si lo bailaba allí podía costarme una grande afrenta; pero el aire bien conocido de la mazurka, obrando sobre mi oído, produjo una excitación directa en mis nervios acústicos, los cuales á su vez transmitieron el movimiento á mis piernas; y éstas, de un modo involuntario y con gran extrañeza de los espectadores, empezaron á ejecutar el paso fatal, sobre la punta de los pies. Mientras avanzábamos en línea recta la cosa iba bien, pero comprendí que al volver al punto de partida, si no ponía mucha atención en ello, avanzaría un gran espacio á mi pareja, y para evitar un escándalo semejante me detuve con la intención de hacer el mismo «paso» que había visto ejecutar con tanta elegancia por el joven caballero á quien yo quitara antes su bailadora. Pero en el momen-

to en que, separadas las piernas, me disponía á saltar, la princesa separóse de mí rápidamente y se puso á contemplar el juego de mis pies con aire de extraña curiosidad... Esta mirada me perdió. Me turbé de tal manera que, en vez de bailar, no hice más que dar saltitos sin moverme del sitio, y ello de modo que no concertaba con la música ni con nada; finalmente, me detuve en seco. Todo el mundo me miraba: quien con sorpresa, quien con viva curiosidad, quien con cierta malicia, quien compasivamente... tan sólo en la mirada de mi abuela se adivinaba la indiferencia.



—Si no sabéis bailar, por qué os poníais?—me dijo al oído y con voz muy irritada mi papá, y separándome con gesto mesurado, tomó la mano de mi pareja, dió con ella una vuelta á la moda antigua, que admiró todo el mundo y la condujo á su sitio; en aquel preciso momento terminaba la mazurka.

«Dios mío!... por qué me castigas tan cruelmente? Todo el mundo me desprecia y me dspreciará siempre... se me ha cerrado todo camino: amistad, amor, consideración, todo lo he perdido! Por qué me hacía Volodia signos que todo el mundo veía y que eran completamente inútiles? Por qué esa maldita princesa se ha puesto á mirar de aquel modo mis pies? Por qué Sonitchka... gentil, vaya si lo es! pero por qué se sonreía en aquel momento? Por qué papá se ha irritado, quitándome de enmedio? Es que se habrá avergonzado de mí? Oh! es horroroso... Pero si mamá hubiese estado aquí, de seguro que no se avergonzara de su Nikolenka!...»

Y vuela mi imaginación hacia tan purísima imagen... Y recuerdo entonces las praderas que se extienden delante de la casa, y los grandes tilos del jardín, y el estanque de aguas purísimas sobre el cual vuelan las golondrinas trazando elegantes círculos en el espacio, y el cielo azul manchado de blancas y diáfanas nubecillas, y las elevadas pilas del heno oloroso recién cortado... y otras muchas visiones de apacible dibujo, de colorido espléndido que flotan vagas en mi conturbada imaginación.





## XXIII

### Después de la mazurka

CUANDO la cena, el joven á quien había yo quitado la pareja, vino á sentarse á nuestra mesa de niños y me concedió tan asiduas atenciones que de veras hubiera halagado mi amor propio, si, después de la gran desgracia que me había sucedido, quedara en estado de recibir todavía cualesquiera sensaciones. Mas hubiérase dicho que de todas maneras quería alegrarme; me hacía las mil posturas y vigilando que no le viese alguna de las personas mayores, no hacía mas que echar vino de todas las clases en mi copa obligándome á beberlo. Al final de la comida, cuando el criado me puso una media copa de champagne, que mi flamante amigo hizo que se convirtiera en toda una copa, haciéndomela tragar de una vez, sentí que recorría todo mi cuerpo un calorillo agradable y al propio tiempo una muy singular ternura hacia mi alegre protector, y sin saber por qué estalló en mi boca la más ruidosa carcajada.

De pronto, nos llegaron de la sala las primeras notas del *Abuelo*; se levantó de la mesa todo el mundo, y en aquel mismo punto cesó mi amistad con el galante joven; se fué con las personas mayores, y no atreviéndome yo á seguirle, me acerqué curiosamente á la señora Valakhina para enterarme de lo que estaba diciendo á su hija.

—Media horita más!...—decía Sonitchka con tono persuasivo.

—De veras te digo que no puede ser, ángel mío!

—Yo te lo ruego, concédeme esta media hora!—seguía diciendo la niña con gran mimo.

—Y estarás contenta si me siento mañana enferma?—dijo la señora Valakhina sonriendo, lo cual fué para ella una verdadera imprudencia.

—Ah! ya veo que me lo concedes!... Nos quedamos!—exclamó la niña saltando alegremente.

—Cómo negarte nada?... Anda, pues, baila... Ahí tienes á tu caballero,—añadió señalándome á mí.

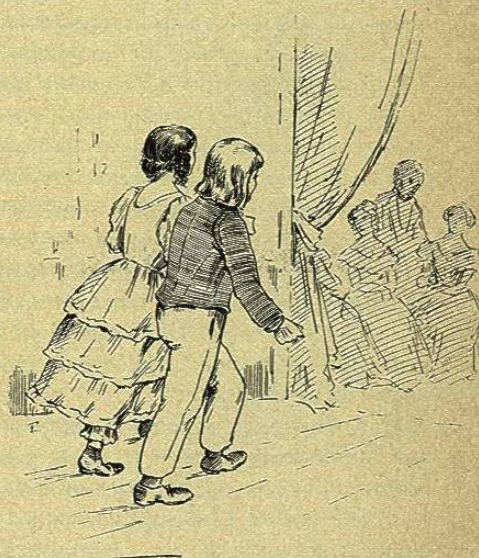
Sonitchka me tomó de la mano y riendo y saltando nos dirigimos al salón.

El vino que había bebido, y quizás más que todo la presencia y la bulliciosa alegría de Sonitchka, hicieronme olvidar la desdichada aventura de la mazurka.

Durante la danza ejecuté los pasos más cómicos y ridículos; á veces imitaba al caballo, corriendo á pequeños saltos y levantando muy alto las piernas; otras veces, sin moverme del sitio, daba pequeños saltos como un cordero que riñe con un perro, y todo ello riéndome á trapo tendido, sin preocuparme lo más mínimo por la impresión que pudiese causar en los demás circunstancias. Tampoco Sonitchka cesaba de reirse: se reía si girábamos juntos teniendo cogidas las manos, y se reía al ver á un señor

anciano que daba con mucha pena un gran paso para no pisar un pañuelo que estaba caído en el suelo, y se reía aun con más gusto al verme saltar casi hasta el techo para demostrar mis habilidades.

Al atravesar una vez el gabinete de mi abuela, me ví en el espejo, bañado el rostro de sudor, los cabellos en desorden, con mis malditos bucles más alisados que nunca, pero la expresión de mi fisonomía era tan alegre, tan atractiva, tan sana, que me enorgullecí de mí mismo.





«Si estuviere siempre como ahora, pensé, todavía agradara á las gentes».

Pero cuando de nuevo miré el hermoso rostro de mi pareja, además de la expresión de franca alegría, de perfecta salud y de simpático descuido que tanto en él me gustaba, la elegante y suavísima belleza que en la niña descubrí, despertó en mi corazón un gran despecho contra mí mismo... Comprendí entonces que era cosa enteramente vana pretender atraer sobre mí la atención de tan seductora criatura.

No podía esperar la reciprocidad de sus sentimientos, y ni siquiera pensaba en ello; aún así mi alma sentíase llena de una gran felicidad. Creí entonces que, después del sentimiento de profundo amor que llenaba de delicias mi alma, era imposible ya esperar felicidad mayor, ni desear cosa alguna fuera de que este sentimiento no muriese jamás; sentíame enteramente dichoso. Mi corazón palpitaba lo mismo que un pichón aprisionado, me sentía afluir á él grandes torrentes de sangre y tenía inmensas ganas de llorar.

Al atravesar el corredor, por delante del cuarto oscuro, debajo de la escalera, dirigí hacia el interior la mirada, pensando: «Qué felicidad poder vivir ahí siglos con ella, en el fondo de este cuarto oscuro, donde nadie vendría á buscarnos!»

—Reina hoy gran alegría, no es verdad?—dije en voz baja y trémula, y apretando el paso, espantado no tanto de lo que iba diciendo como de lo que tenía intención de decir.

—Oh! sí... es verdad!—dijo la niña mirándome en los ojos con expresión tan franca y tan serena, que todos mis vagos temores se disiparon de pronto.

—Sobre todo, después de la cena... Pero, si supieseis la pena que siento (quería decir tristeza, mas no me atreví) de que tan pronto os vayáis, tal vez para no veros más!

—Por qué no hemos de vernos más?—dijo la niña mirando fijamente á la punta de sus zapatos y haciendo resbalar sus deditos por la tela de un *paravent* por delante del cual en aquel preciso punto pasábamos.—Cada martes y cada viernes voy con mamá al paseo de Tverskoi. No váis vosotros también á paseo?

—Pediremos que nos dejen ir los martes... y si acaso no nos lo consienten, iré solo, ya sé el camino, os lo prometo... Vendré... aunque sea sin sombrero.

—Una cosa quiero deciros—hizo súbitamente Sonitchka,—y es que yo tuteo á todos los jóvenes que vienen á casa. Queréis que nos tuteemos también nosotros?... Lo quieres?—dijo meneando graciosamente la cabeza y mirándome en los ojos.

En ese momento entramos en la gran sala, donde comenzaba ya la segunda parte del baile, con animación extraordinaria.

—Muy bien... y vos...—Dije yo, cuando creí que la música y el ruido ahogaría un poquito mi voz trémula.

—No es eso... tú y no vos—exclamó. Sonitchka riendo.

Acabó la danza antes que hubiese yo podido pronunciar una sola frase tuteando á la hermosa niña, aunque á cada momento me venían á los labios frases en que este pronombre se repetía muchas veces. No me sentía bastante audaz para decir: «Quieres tú? Me entiendes?... frases todas que sonaban en mis oídos extrañamente y me causaban un encanto singular. No veía nada ni á nadie, fuera de Sonitchka, y quedé muy turbado contemplando como la niña se recogía los rizados cabellos y se los echaba por detrás de la oreja, con lo que descubrió una parte de la frente y de las sienas que no había visto aun. Me quedé después contemplando como la abrigaban cuidadosamente con el chal verde, de manera que no se le veía mas que la punta de la pequeñísima nariz, y me hice á mí mismo la observación de que si ella no hubiese con sus rosados dedos apartado un poco el abrigo junto á su boquita, hubiérase con toda seguridad ahogado; y finalmente vi cómo, al bajar con su madre las escaleras, se volvió un momento hacia nosotros, hizo un ligero movimiento de cabeza, y desapareció tras la puerta.

Volodia, los Ivine, el joven príncipe y yo estábamos todos enamorados de Sonitchka, de suerte que al salir ella nos quedamos todos en lo alto de la escalera siguiéndola ávidamente con la mirada. A quien con preferencia dirigió Sonitchka el ademán de despedida, yo no lo sé, mas en aquel momento quedéme firmemente convencido de que me lo había dirigido á mí.

Al despedirme de los Ivine, hablé ya con cierto desparpajo y hasta fríamente con Serioja, estrechándole con indiferencia la mano. Comprendió seguramente que aquel día había perdido mi amor





y todo su poder sobre mí, mas he de consignar que si de veras lo sintió lo supo muy bien disimular.

Por primera vez en mi vida hacía traición á mis afectos, y he de confesar que por primera vez también sentí la dulce satisfacción de haberlo hecho. Me fué profundamente agradable reemplazar el hondo afecto de mi devoción hacia Serioja por el novísimo sentimiento de un amor lleno de misterio y de incertidumbre. Además, dejar de amar y en aquel mismo punto amar de nuevo, es igual que amar dos veces más que antes.



## XXIV

### En la cama

CÓMO he podido tanto tiempo y con tan profunda pasión amar á Serioja? iba yo pensando ya una vez en la cama. No! no me ha comprendido nunca, no podía apreciarme, no merecía mi amor... Y Sonitchka? qué deliciosa criatura! Con qué gracia decía: Lo quieres? yo comenzaré...»

Me revolví en el lecho, y representándome su pequeña y graciosísima figura, me cubrí la cabeza con la sábana y envuelto enteramente en ella me estiré con delicia: un agradabilísimo calor recorrió todo mi cuerpo, y me perdí en un mar de dulces ensueños y de aun más dulces memorias. Fijando de pronto la mirada en un punto ignorado de la oscura estancia, la ví tan claramente cómo delante de mis ojos la tenía de verdad una hora antes. En pensamiento, conversé con ella, y esta conversación, aunque desprovista por completo de sentido, me causaba un placer inexplicable solamente porque las palabras *tú, contigo, tuyo* figuraban en ella á cada momento.

Iban tomando tal consistencia esas imaginaciones que, dulcemente conmovido, me era imposible conciliar el sueño, y entonces quise compartir con alguien mi exuberante felicidad.

—Duermes, Volodia?— dije casi á plena voz mientras me volvía del otro lado.



—No—me contestó mi hermano con soñolienta voz;—qué me quieres?

—Que estoy enamorado, Volodia, totalmente enamorado de Sonitchka.

—Bien, y qué?—repuso estirándose en el lecho.

—Ah! Volodia, es que tú no puedes imaginarte lo que en mí siento... Ahora mismo la he visto aquí tan claramente... tan clara-



mente que he estado hablando con ella... Oh! es delicioso, y es extraordinario... Y otra cosa todavía: Al hallarme aquí acostado y pensando en ella, no sé por qué me entristezco, me entristezco y me vienen unas grandes ganas de llorar...

Volodia se revolvió en la cama.

—No quisiera sino una cosa,—continué diciendo—estar siempre con ella, verla sin cesar... nada más. Y tú, la quieres también? Confiésalo, Volodia, dí la verdad.

Cosa más rara! deseaba que estuviesen todos enamorados de Sonitchka y que todos lo proclamasen en voz alta.

—Qué te importa!—hizo Volodia volviéndose de cara a mí—quizás...

—No puedes dormir... y fingías estar dormido—exclamé yo viendo brillar sus ojos y adivinando que no tenía en realidad ganas de dormir, pues había echado á un lado las sábanas y las mantas.—Hablemos de ella, hablemos... No es verdad que es encantadora, no es verdad que es hermosa?... Si me decía ella: «Nikolenka, salta por la ventana ó échate al fuego», ten por seguro que lo haría sin pensarlo y alegremente. Ah! cuán encantadora es, cuán bonita!—añadí casi en éxtasis, representándomela tan vivamente como si la tuviese delante de los ojos.

Y para poder por completo gozar de la deliciosa imagen que me sugería mi calenturienta imaginación, me volví bruscamente del otro lado y hundiendo mi cabeza en la almohada, exclamé sollozando:—Tengo unas grandes ganas de llorar, Volodia!

—Vaya un tonto!—hizo mi hermano riéndose, y después de una

pequeña pausa, siguió diciendo:—En mí no es exactamente la misma cosa; yo pienso que, si fuese posible, me daría gusto infinito verme sentado junto á ella, y hablar, hablar largamente...

—Ah! entonces, tú también estás enamorado?—le dije interrumpiéndole.

—Entonces!—continuó Volodia con voz de infinita ternura—entonces, charlando y charlando, yo besaría sus pequeñas manos, sus ojos, sus labios, sus pies... besaría toda, toda su queridísima persona...

—Tonterías!—grité yo levantando la cabeza de la almohada.

—Qué sabes tú de eso!—dijo Volodia con entonación de desprecio.

—Mejor que tú lo sé... tú eres quien nada sabes ni comprendes y encima dices tonterías,—exclamé al fin en medio de mis lágrimas.

—Y por eso lloras? La verdad es que no hay de qué. Eres lo mismo que una chiquilla...